

## COMISIONES

### FORMACIÓN: ENTRE CULTURAS Y PARA LA VIDA

*P. Diego Irarrázaval, CSC*<sup>1</sup>

Un horizonte fascinante conlleva dar pasos concretos y audaces. Para estos años 2015-2018 tenemos el “salgamos aprisa al encuentro de la vida” (Horizonte inspirador de la CLAR). Vale detenerse en la formación y animación entre diversas culturas. ¿Para qué? Para que en América Latina y el Caribe la trayectoria del pueblo de Dios siga siendo un modo de sintonizar con el espíritu de Jesucristo.

Las tendencias mundiales nos encuadran. Uno está rodeado de productos e ilusiones de bienestar. Quien tiene y acumula es quien supuestamente vale más. La acción humana es medida por la buena impresión dada a los demás. Mucho tiempo y dinero es destinado a las apariencias. Predomina el imaginario de gente sonriente y triunfadora.

En cuanto a la modernidad globalizada, cada región tiene sus tiempos y sus estructuras; no hay que presumir un parámetro único e inamovible. Más bien uno vuelve a preguntarse cuáles son los rasgos peculiares de nuestros pueblos, qué significa ser religiosos/as modernos, y en medio de gente postergada y pequeña, cómo somos consagrados/as al Reino de justicia y amor. Si uno busca ser fiel al Evangelio, entonces se tiene como modelo a quienes son pequeños/as y a su auténtica felicidad.

Nuestras vivencias están iluminadas por el Evangelio encarnado y profético. “Los que son ahora últimos serán los primeros” (Mc 10, 31). “El más pequeño entre ustedes es el mayor” (Lc 9, 48). “No anden preocupados...” por la comida y la ropa, “busquen primero el Reino de Dios y su justicia” (Lc 6, 31.33). El mensaje de Jesús no favorece apariencias, ni posesiones, ni ubicaciones en primera fila. Más bien, el maestro de Nazaret nos invita a ser felices de otro modo. Jesús exalta a personas postergadas. Son bienaventurados/as quienes parecen no serlo y en verdad lo son.

Durante estos años, la renovación impulsada por el Concilio Vaticano II ha conllevado optar por “gente de a pie”, y también a apreciar culturas y religiones diferentes a la propia. A ello pueden sumarse perspectivas ecológicas, de género, de “otro mundo posible”. En cuanto a lo cultural, vemos que se trata de mucho más que el respeto y el diálogo. Nos encontramos en sociedades polifacéticas y con modos de vida emergentes. Las circunstancias históricas tienen gran dinamismo, debido a la globalización y al controversial ‘cambio de época’<sup>2</sup>; Miguel Díaz ofrece buenas luces.

#### 1- Contextos y desafíos

El cambiante escenario latinoamericano nos motiva a reconsiderar la formación en la vida religiosa. Se ha puesto el acento en una preparación con calidad, y en planificar talentos

---

<sup>1</sup> Miembro de la Congregación de Santa Cruz. Estos párrafos provienen de mi librito: *Levadura en la harina, Potencia teológica en Sudamérica*, Bogotá: PPC, 2015, pp. 157-179.

<sup>2</sup> Miguel Díaz, “La opción religiosa en tiempos de gran turbulencia”, en R. Tomichá, L. Cerviño (eds.), *La vida religiosa ¿pasión o desencanto?*, Cochabamba: ILAMIS, 2011, 37-43.

personales y capacidades apostólicas. ¿Cuánto peso le damos a parámetros hegemónicos en el mundo de hoy? Algunos esquemas noratlánticos sobresalen en programas de estudio, dinámicas comunitarias, acción pastoral, y administración de la vida consagrada.

Existen tensiones entre reproducir esquemas consolidados (por un lado) y desarrollar ritmos y elaboraciones propias (por otro lado). Me sumo a quienes tienen el apasionante y complicado deseo de reconfigurar la vida religiosa; lo que incluye una formación por vías in-culturadas e inter-culturales. Al hablar de “cultura”<sup>3</sup> uno tiene que abordar procesos, estructuras, identidades, proyectos de vida, y también conflictos y entrecruzamientos entre grupos humanos. Hoy sería algo parcial sólo intentar in-culturarse; es necesario también (y sobretodo) inter-culturarse.

Estos constituyen grandes desafíos para la vida religiosa y sus programas de formación. Al estar envueltos por situaciones muy complejas, la formación puede hacerse de modo rutinario e imitando pautas noratlánticas (lo que implica una subordinación cultural), o más bien cada programa de formación puede abrirse a la opción por el pobre, y a sabidurías y espiritualidades de América Latina (tanto las tradicionales como las que han estado emergiendo).

El discipulado no consiste en permanecer encerrado en un ámbito cultural, ni homogeneizarse en lo moderno, ni ponerse más allá de lo cultural; más bien, con entusiasmo caminamos con el Señor Jesús, asumiendo sensibilidades y utopías presentes en cada pueblo. Animados por el Espíritu de Vida interactuamos entre personas/culturas con sus diversos rostros. Es fascinante el in-culturar y el inter-culturar la Vida Religiosa.

Me sumo a personas mayores y a jóvenes que apuestan no a ser etnocéntricos, ni a ser eclécticos, ni a imitar culturas “exitosas”, sino más bien apostamos al itinerario auténtica y pluralmente latinoamericano, con energías pequeñas y fecundas. Ello conlleva escucha entre mundos diferentes, una “relacionalidad humanizada y humanizadora, en sintonía con el corazón de la Iglesia convocada por el Papa Francisco a la ‘salida misionera’”<sup>4</sup> como nos propone Cristina Robaina. Tales actitudes dan buenos resultados (¡a corto y a largo plazo!).

## **2- Raíces frágiles y vigorosas**

El fundamento (tanto para quien es formador/a como para quien es formando/a) es apasionarse con el misterio de Dios. Esta honda convicción creyente suscita (y no cancela) preguntas por la trayectoria de cada persona, por su identidad y socialización. En el caso del formando/a con raíces humanas frágiles y en medio de un contexto complicadísimo ¿cómo se dirige hacia el misterio divino? En las/los acompañantes ¿qué nos agobia?

En parte la persona en formación tiene raíces delgadas y vulnerables. Ella está atraída por varias ofertas de sentido y tiene que optar por seguir al Señor. Hay temblores y a veces terremotos en la sensibilidad individual, en el vincularse y desvincularse con otras personas, en el fluctuante consumo de espiritualidades. No sólo es algo de carácter psicológico y religioso; la situación contemporánea se caracteriza por la incertidumbre.

Por otra parte, la persona en formación expresa pasión por la vida, sinceridad en la fe, deseos de compromiso (aunque a veces de corta duración). Existen bellas vetas de esperanza

---

<sup>3</sup> Las inquietudes sobre culturas las he palpado en actividades socio-elesiales, y en institutos de vida consagrada, mediante jornadas y talleres en el Perú (años 80 y 90) y luego en Chile (2004-2016); los párrafos sobre animación comunitaria provienen de mis aportes en un Seminario de la CLAR (San Salvador, agosto de 2011).

<sup>4</sup> Cristina Robaina, “Cómplices del Espíritu: hagamos que acontezca”, *Revista CLAR*, LIV/1 (2016), 30-39.

dentro del imaginario latinoamericano –que en mayor o menor grado motiva a personas jóvenes en formación–. Una ‘relacionalidad’ humanizadora sobresale hoy; esto lo explicitan Berta Castillo y Luis Casalá<sup>5</sup>. Me parece que hay que afianzar raíces vigorosas, junto con reconocer la fragilidad cultural, y así cada persona se ubica en el camino de Jesucristo.

Con respecto a lo utópico, desde hace años están siendo devaluados los megaproyectos (¡cambiar el mundo!). Más bien se prefieren propuestas y redes a escala pequeña y mediana, acciones audaces pero de carácter concreto y viable. Además, los paradigmas emergentes tienen sujetos y temáticas plurales. Esto puede ser leído de varias maneras. Una lectura pone acento en la inestabilidad y confusión; y es escéptica ante un cambio sustancial. Otro punto de vista –que me parece más responsable y en sintonía con el pobre– asume desafíos inéditos.

Los desafíos de hoy pueden correlacionarse con rasgos carismáticos de la Vida Religiosa. Es bueno abandonar nostalgias de restauración, y más bien proyectarse hacia el futuro con pocas obras y personas. En este sentido, a partir de frágiles personas e instituciones, la formación no tiene como meta el “éxito” del individuo y del Instituto, sino más bien se pone acento en raíces propias y en búsquedas suscitadas por el Espíritu. La formación es más eficaz si ayuda a encarar cambios, si da herramientas para humildemente inculturarse en nuevas realidades humanas, y a interactuar en medio de varias culturas (apreciando la propia identidad y la de los demás).

Esta actitud forma parte de la dinámica de la fe que no está amarrada a esquemas inamovibles. “Crear significa negar y superar continuamente las formulaciones... para que no caigamos en la idolatría o en la creación de falsas imágenes de Dios, de Jesucristo y del Espíritu”; de este modo Felix Wilfred explica la fe cristiana como un viaje a la transcendencia, que implica “relativizar nuestras concepciones” y avanzar hacia el misterio divino que es revelado y velado<sup>6</sup>.

Esto explica la aventura del proceso de formación como religiosos/as. Al llevar a cabo tal aventura uno toma distancia del “mundo” hegemónico. La vida consagrada esta asediada por factores externos e internos, el imperio del neo-liberalismo y el desprecio por lo popular, la “desconfianza frente a la inserción y a la inculturación, el repliegue sobre sí mismo o sobre los propios institutos religiosos”, como advertía Gregorio Iriarte<sup>7</sup>. Con respecto a lo intercultural, ello se refiere no solo a comportamientos (como sería un rescatar valores), sino a una acción hacia el futuro, cuando uno colabora en la gestación de nuevos paradigmas. Como dice María Agudelo: “inculturarse no es simplemente aprender a hablar, a comer, a vestir... (en una cultura), lo importante es descubrir en el pueblo... el proyecto de vida, el futuro feliz... la definición vivencial de Dios”<sup>8</sup>.

Cabe pues, al capacitar a personas jóvenes, acompañarles en la profecía y mística cotidiana, en que sobresale el proyecto histórico de felicidad. Además, las personas en formación aprenden a tomar distancia de absolutos que parecen sólidos y no lo son. La actitud creyente conlleva relativizar cada realidad humana (la economía totalitaria, sus aspectos

---

<sup>5</sup> Véase Berta Castillo, “Humanizar la formación a la vida religiosa”, *Testimonio* 259 (2013), y Luis Casalá, “Formar para el servicio”, *Testimonio* 272 (2015).

<sup>6</sup> Felix Wilfred, “Elogio del relativismo cristiano”, *Concilium*, 314 (2006), 103.

<sup>7</sup> Gregorio Iriarte, *La vida religiosa frente al cambio de época*, Cochabamba: Kipus, 2005, 25-26. Véase Pedro Trigo, *Consagrados hoy al Dios de la Vida*, Santander: Sal Terrae, 1995; Marcello Azevedo, *Vidas Consagradas, caminos y encrucijadas*, Estella: Verbo Divino, 1995.

<sup>8</sup> María Agudelo, *La inserción y la inculturación de la vida religiosa en el pueblo*, Bogotá: Indoamerican Press, 1993, 46.

religiosos, la cultura en que uno ha nacido, etc.), y continuar orientados hacia el Misterio revelado, velado, encarnado.

### 3- Complicaciones y oportunidades

Así como al optar por pequeños y pequeñas de la tierra se va reconstruyendo lo que somos y hacemos, también la amplia agenda socio-cultural nos desinstala e interpela.

En cuanto a lo material y cultural, hay que replantear el consumo de cosas y de actividades. Se tiende a la acumulación y homogeneización del consumo. Por eso, cabe afianzar la ascética en torno a cosas necesarias y a acciones culturales propias de cada región. También en los programas de formación es replanteada la corporeidad, con sus detalles de alimentación, vestimenta, vínculos con personas de otro sexo, descanso, diversión, y tanto más donde se juega al día a día de las personas.

En cuanto al estudio y la capacitación profesional, estos factores tienen primacía y hasta cierta omnipotencia. Podrían reorientarse hacia el futuro. En vez de acumular conocimientos y obtener diplomas, es mejor 'aprender a aprender' a fin de ingresar con buen pie a nuevas fases de la historia humana. La agenda in-cultural e inter-cultural también afecta la formación en el carisma de cada congregación, y motiva a sumar fuerzas con quienes en la Iglesia están redescubriendo espiritualidades, liturgias, planes apostólicos, servicios socio-políticos.

Es complicado ser mirados con desconfianza y sufrir malentendidos. De hecho somos pequeños fermentos, y no se ven resultados inmediatos y grandes. Aunque las experiencias son significativas, no ocupan el centro del escenario eclesial. Junto con el deseo que la vida consagrada sea fiel al Evangelio encarnado, hay que aunar esfuerzos entre formandos y formadores.

Se ha dicho que la vida consagrada es una peregrinación en la fe. Sus hondas raíces son la adhesión al Señor. Como anota Carlos Bazarra: "hay un punto de referencia inmutable: Jesús de Nazaret; y un seguimiento en novedad: el Espíritu Santo; las dos manos de Dios, como las llamó Ireneo"<sup>9</sup>. Vale decir, el caminar de personas consagradas no es errático, ya que está bien enraizado en Cristo y es fiel a su Espíritu que todo lo hace nuevo. Hoy no se trata sólo de apreciar raíces (en una mirada retrospectiva). Conviene preocuparse más de modos de vida emergentes (en una actitud prospectiva). Además, como muchos dicen hoy, en estas décadas a la in-culturación se le va sumando la inter-culturalidad.

Se aprende a superar ambigüedades y errores. No somos atrapados por detalles folklóricos. El caminar en medio de sectores populares no es beneficiencia, ni un resolver culpas. También se aprende que lo cultural no tiene que ser idealizado ni absolutizado. Cabe estar abiertos a identidades mestizas, emergentes, y a formas autóctonas reconfiguradas. Cabe estar atentos a los peligros de instalarnos y de ser temerosos.

En términos positivos, responder al Evangelio afecta toda la vida del Pueblo de Dios: lo personal y lo comunitario, lo simbólico y lo político, los ministerios, carismas, liturgias, planes pastorales, formas de vida consagrada. Mirando hacia delante, es posible que en la vida religiosa los programas de formación asuman y sean replanteados con claves interculturales. Así se dejarían atrás unos moldes uniformes y discriminatorios, y continuaríamos transitando por hermosos y complejos caminos abiertos a todos/as.

---

<sup>9</sup> Carlos Bazarra OFM, *Mujeres y hombres del Espíritu*, Bogotá: CLAR, 1996, 24.

Me parece que al sumarse in-culturar con inter-culturar no sólo hay mayor complejidad; también aparecen interrogantes y dificultades. La perspectiva inter-cultural ¿permanecerá en los márgenes de nuestros Institutos, así como lo ha estado la in-culturación? ¿Personas jóvenes asumen junto con raíces identitarias también el proyecto dialogal entre culturas y la generación de una humanidad plural? Los valores inter-culturales ¿cómo pueden influir en planes de estudio, espiritualidad y liturgia, la existencia comunitaria, las obras apostólicas, las formas administrativas? Hay además un interrogante mayor: mediante lo intercultural ¿qué dice el Espíritu a las iglesias y a la vida consagrada? En cada persona en formación, en la comunidad local, en nuestros Institutos ¿se abren oídos y ojos para ver señales del viento y fuego del Espíritu?

#### **4- En las huellas de Jesús de Nazaret**

Cada día el pueblo de Dios nos enseña a escuchar y colaborar para resolver entrapamientos y para ser felices. En esto, como en todo el ministerio de la animación de comunidades ¡volvemos los ojos al Maestro!

Muchos pasajes bíblicos presentan al Señor interactuando con personas difíciles y con adversarios (discípulos que se sobreponen a los demás, funcionarios del Templo y la Ley, personas opuestas a un mensaje profético, etc.). Ante estructuras y personalidades inflexibles, Jesús ofrece alternativas de compasión y de sanación. Él dialoga, confronta, aprende, enseña, calla.

Además, en situaciones plurirreligiosas Jesús titubea. Sobresale el pasaje de la sirio-fenicia (Mc 7, 24-30), o cananea (Mt 15, 21-29). Jesús usa un lenguaje intolerante; la mujer pagana le ayuda a cambiar. A quien no iba a tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos... ella le enseña a ser misericordioso. La hija es sanada gracias a la madre pagana; según Marcos: "por lo que has dicho", y según Mateo: "grande es tu fe, que suceda como deseas". No es fácil el diálogo entre diferentes.

Me parece que en cada comunidad religiosa hoy nos cabe seguir el modelo de Jesús: ser interpelado, dejarse enseñar, cambiar el comportamiento, aprender de quien es diferente, dialogar y crecer con los demás. También quienes ejercen una labor de liderazgo pueden seguir el paradigma de la flexibilidad interactiva. Añado un acento: a religiosos adultos/varones nos cabe aprender de la juventud y de la sabiduría de la mujer.

No sólo hay que constatar problemas y desafíos al interior de nuestras comunidades (e instituciones). Cada uno/una se encuentra con los/las demás en medio de estructuras de violencia y de escasa complementariedad. Por eso, al observar dificultades internas también constatamos condicionamientos externos. El mundo de hoy tiene muchos rasgos autoritarios y egocéntricos (que afectan lo que ocurre al interior de la vida religiosa). La posmodernidad exalta lo individual, lo instantáneo, lo exitoso. Todo esto se infiltra en la iglesia. ¿Cómo lo estamos encarando?

En América Latina, la Iglesia ha optado por el diálogo entre diferentes, ya sea en la evangelización o bien en la organización interna. Esto no ocurre de modo automático. Hay que re-examinar los lenguajes y las actitudes. No es fácil el diálogo entre generaciones, entre culturas, entre varones y mujeres, tanto en la actividad pastoral como en la vida religiosa.

Uno de los varios llamados de atención que hacen nuestros Pastores en Aparecida es que “en la evangelización, en la catequesis y, en general, en la pastoral, persisten lenguajes poco significativos para la cultura actual, y en particular, para los jóvenes...” (Aparecida 100d). Creo que esto puede aplicarse a la labor apostólica y a la formación en la vida consagrada.

Ojalá sigamos apostando al encuentro entre diferentes, y a una flexibilidad sapiencial. A fin de cuentas nos ubica mejor en el misterio de la Trinidad que conlleva diálogo del Padre, el Hijo encarnado, y el Espíritu de Amor.

Ojalá, en cada contexto y en cada labor de formación, mediante pasos concretos y audaces, haya “humanización de los procesos formativos y vitalidad de las nuevas generaciones... (en el horizonte)... de la revolución de la ternura, la profecía de la comunión, la alegría y la esperanza”<sup>10</sup>.

¿Vamos adelante? Ojalá que sí. Con el sí de María e Isabel, con el coraje de San Romero de América, con la sana terquedad de pequeños y pequeñas que gozan el Reino de Dios en estas tierras.

---

<sup>10</sup> CLAR, Horizonte Inspirador 2015-2018, p. 15; véanse los lineamientos de la XIX Asamblea General (Revista CLAR, LIV/1, 2016).